

Eliseo Diego:

A través de mi espejo

Eliseo Diego, (La Habana - 1920) es autor de una amplia y deslumbradora bibliografía en prosa y poesía. Para Eliseo, la comunicación de la palabra poética en general es algo que sucede en un pequeño círculo de luz rodeado de la sombra. "A través de mi espejo", se constituye en la iluminación más directa sobre su creación.

(Cuarta y última parte)

Verdadera espiritualidad abominable es la de la codicia, la lujuria y el orgullo; la del que lo desea todo y es por tanto incapaz de acariciar su perro o su harramienta, la del que perece por la mujer, en una repugnante abstracción de carne, y es incapaz de amar al tiempo en la frente de la mujer propia; la del que quisiera serlo todo y se olvida de ser hombre, pues sólo Lucifer y los suyos delestean realmente a la materia. Veamos, entonces, el poema que deseaba leerles:

En la cima del monte

... a un monte muy alto...
"San Mateo, IV-8"

Este hombre que está junto a ti al borde extático del precipicio, / vestido como uno de tantos pero con no sé qué extraña elegancia / no te ha mirado aún y queda como absorto / en la purísima transparencia del valle. Dos columnillas / de humo ascienden desde la ciudad remota y blanca, y luego / el hilo de voz de un niño que maldice porque la honda el erró el tiro / allá abajo, en los abismos clarísimos. Y ahora / el hombre se ha vuelto a mirarte. Sus ojos / están al nivel de los tuyos: son grises, esos ojos, / descoloridos como los ojos infinitamente vacíos de las estatuas / a los que comió el color el tiempo, y sin embargo / están abiertos hacia adentro y hacia / la desolación de todo sitio solitario como / la desolación de las rocas que no ven ojos de hombre cuando / las abruma el océano con su cólera de nieve. ¡Oh esos ojos / no han visto nunca sino los espacios vacíos y tembles y ahora / tratan con un esfuerzo inmenso de mirarte, se acomodan / con qué indecible fatiga a tus ojos de hombre! Y ya / te están fijos mirando y en ellos / como la incierta sombra de un indeciso halcón / sobre la arena cruza la incertidumbre y luego / más rápido el terror y por fin / la infinita quietud de la tristeza. Y ahora / he aquí que el hombre habla: "Todo este poder y su gloria..."



Se comprenderá que por la época de mi gran descubrimiento lo dicho yacía al fondo de la marmita, bullendo; y aún sospecho que el propio descubrimiento flotase oculto allí en el caldo, por cuanto en la Calzada de Jesús del Monte surgió de pronto en el "tempo" de su primer verso: En la calzada más bien enorme de Jesús del Monte / donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo, comencé a repetirme por lo bajo, mientras esperaba a mi madre en una clínica que ocupaba, no una ruina de esa venerable avenida, sino otra de la no menos venerable de El Cerro, según capricho del modestísimo demonio que me sopla en la oreja. Luego vino "El sitio en que tan bien se está", centro del libro; luego "Nostalgia de por la tarde", su corazón o alma; y luego todo el resto.

Uno a uno fui llevando los sucesivos fragmentos a cierto segundo piso de la calle Neptuno, donde, como un incalculable torbellino de dicha, la madre de mi novia estaba dispuesta siempre a acoger a la cabal plenitud del universo, si preciso fuera. ¿Cómo sabrá el significado de la palabra "hospitalidad" quien no conoció a Josefina? Y aun temo que estará a punto de perderse el de la palabra "alegría".

Mientras desfilaban junto al piano sus alumnos del "belcanto", curiosa fauna de artistas íntegros y tontos espléndidos, o cruzaba ávido hacia el comedor o regresaba repleto el desdichado de turno; en los resquicios de la más sana y más amable locura, o cuando callaban las maravillas del plano, sueltas en un rapto de gusto solo; las "hermanitas Mamuz" presidían las sesiones de El Turco Sentado, que así llamó Agustín Pi a nuestras diáfnas veladas -Agustín Pi, nuestro amigo, hombre de bien desde los pies al alma, grave, severo, irónico de sí mismo y, en sí mismo de cuanta tímida superchería nos despuntase. ¡Qué no deberá la "Calzada" al calor de Bella, la novia, a la profunda temura y entusiasmo de Fina, su hermana -en quien he tenido yo la que siempre había añorado-, al clarísimo cañón de Cintio, la intransigente, penetrante atención de Agustín y el delicado fulgor de la justicia en los ojos de Octavio Smith, que vino a coronar el diván de Neptuno! "En la Calzada de Jesús del Monte" es, en realidad, obra del Turco Sentado.

Creo que en ella se refleja bastante bien la frustración del país en aquellos años. Aún me satisfacen esos bultos trabados por cuerdas floridas, imagen de los píficos vacuos; ese humo que incensantemente asciende en volutas inútiles; esas ingenuas confesiones de fe una y otra vez traicionada. Sépase que aquella fue una época de diabólica farsa, donde los profesores resultaban mercaderes; los policías, ladrones; los gobernantes, fantoches; y la nación misma una comedia trágica. Los jóvenes que entonces nos reunimos en torno a la inexorable voluntad de pureza poética de José Lezama Lima, lo hicimos con la fanática decisión de construir por fin algo que realmente fuese lo que pretendía ser. Los que vinieron un poco después tuvieron al menos la suerte de dar pie en la modesta realidad que les habíamos ganado en medio de tanta y tanta fantasmagoría. Luego fueron quizás injustos, porque no podían saber cómo apretó el hambre de autenticidad y qué alto precio tuvimos que pagar por ella. A mí, al menos, me costó esa preciosa capacidad de ilusión sin la cual es imposible ejecutar el sueño de transformar los hechos. Sólo me la ha devuelto la imponente, conmovedora conmoción del país en estos últimos años.

Ahora entre el pulgar y el índice hago volar las barajas, y pasan, radiantes de color,

como reyes, los domingos en la casa del Padre Ángel Gaztelu, en Baula, donde la mesa era lámpara; el As de mi matrimonio, con él oficiando, todo dignidad, simpatía y ceremonia; el majestuoso caballero en quien reconozco a Lezama, que el Irse deja un destello; Julián Orbón como ágil sola cuyo índice señala el oro ardiente de la música; y bastos de amargura y copas de fiesta y espadas de muerte, y así hasta llegar al Tonto, que me mira con mis propios ojos, y en el que debo otra vez detenerme. Pues se entretiene en atar el último nudo maestro de mi vida, y veo que lo forman tres hebras de luz, una por cada uno de mis hijos.

Con ellos retorno a la gloria y el terror del paraíso, a la contemplación de la inocencia, pero esta vez con ojos de padre, con el sufrimiento de no poder darte, como el padre entre los padres hizo, la propia vida a cambio de la dicha. Cuéntame el mayor que entre los momentos más gratos de su infancia tiene aquellos en que, a la sombra de los plnos sembrados por su abuelo, solíamos sentarnos sobre el césped a contar los viejos cuentos. Así pues, todo no ha sido inútil. Las cosas se cierran y recomienzan.

Aquí podríamos poner punto final si no fuesen ellos parte entrañable de mi poesía más reciente. No quisiera yo, como ningún padre lo quiere, que por preservarlos de pena se privasen de los riesgos ocultos en la radiante aventura de vivir, ya que sin riesgos es imposible la libertad como suprema gloria; pero no he podido ver sin estremecerme cómo se pasa la gozosa fiesta de la infancia. ¡Ah de las cosas que pudieron haber sido y no fueron, y cómo, tapiado de egoísmo, se alia uno sin saberlo con el daño; y cómo los niños, ciegos a cuanto no sea su propia luz, apuran los ojos hasta el fin su brevísima mañana! En la simplicidad del pequeño poema que sigue, uno de los que prefiero, traté de esconder mucho, quizás con poco acierto:

Carrusel

La música da vueltas / tras de los reyes que se van volando, / tras de los ciervos, los bosques y cañadas, / todo ese mundo tan veloz girando.

La dicha de los niños / tras los corceles que se fueron cuando / volvían las cascadas / y rápidos bajajes / tras los ciervos que se van callando.

Y así la tarde huye / tras de los niños y su rauda bando / y a poco ya no queda / sino el rumor extraño / de la memoria que los va soñando.

Y llega ahora el final, surgido no se sabe de dónde, como siempre, para que en un principio pensé que serían los propios estos versos, bien sombríos, que título

Frente al espejo

En un abrir y cerrar de ojos / ya no estarás en donde estabas: / un triste viejo está mirándote / con qué terror desde tu cara.

Mirándote ávido y mirándote / mientras la luz te da en su cara: / en un abrir y cerrar de ojos, ni tú, ni él, ni nada.

Pero el más joven de mis amigos, aquel que supo deslizarse entre los viejos con sus pulcras mañas de veterano combatiente clandestino, pasa y me mira sonriente, con la sonrisa que tantas veces le birló a la muerte el triunfo; y viendo que el hombre puede así enfrentarse, con tan ligero desenfado, hasta a la propia nada -en la que él cree, y qué distinto es a no creer en nada-, me vuelvo contra mí mismo y me reprocho diciéndome: ¡que te crees tú eso, amigo! Aun hay para mis hijos y sus compañeros todo un país cuya realidad empieza a despuntar luego de un largo sueño maléfico; y para mí... Pues para mí queda, cuando deje a un lado la siempre fría imagen, esa gran fiesta que me aguarda a la otra parte del espejo.

FIN